

Llega a España en 1960 y con su llegada se inicia una larga etapa de consolidación, en la que Mbomio multiplica sus experiencias para lograr la síntesis que se había propuesto como meta. Esta consolidación consistió fundamentalmente en un progresivo perfeccionamiento de los elementos expresionistas, junto a una moderada aceptación de elementos abstractos europeos.

Al mismo tiempo se afirma en la convicción de que hay una estructura de la forma, una ordenación espacial y una búsqueda expresiva que se asimila desde la infancia, y de la que nadie puede desprenderse aunque profese otro credo o se integre en otra sociedad.

En 1966 comienza una serie de obras que constituyen su primera gran síntesis. En ellas la hondura de la mirada y el tallado de los rostros es africano, pero el procedimiento es ya occidental. La serie a que pertenecen estas esculturas se inicia en 1966 y se concluye en 1968, año en que queda resuelto el problema unicidad-multiplicidad.

Llega a la serenidad de la época áurea reduciendo el expresionismo de las últimas obras de este período a la insinuación de un misterio o la transfiguración de un dolor.

Podemos considerar la *época áurea* como una etapa, iniciada en 1970, que se caracteriza por una gran serenidad en la obra y en la vida de Leandro Mbomio. Esta serenidad, que le permite liberar su espíritu de todo egoísmo y comprender al mundo, no le dificulta en absoluto para trabajar por mejorarlo.

Casi todas las obras de este período han sido modeladas en cera y pasadas posteriormente a bronce. Sus pátinas, realmente espectaculares, son el resultado de una íntima colaboración entre el escultor y el fundidor Eduardo Capa. Estos bronce, que en un momento tuvieron luminosidades de cobre bruñido, se fueron envolviendo posteriormente en un negro de humo que se puede considerar como el equivalente europeo, ultrarreelaborado, de las viejas pátinas de enterramiento habituales en la hechicería ritual.

En este período encontramos tres tipos de escultura, que posiblemente constituyan otras tantas versiones de una realidad única.

Las obras de la primera serie se componen de dos altorrelieves adosados, compuestos cada uno de ellos por dos máscaras enfrentadas. Los huecos, que traspasan la forma, tienen el ritmo de los espacios abstractos del último Chillida.

Forman la segunda serie esculturas concebidas para contemplarse desde todos los ángulos. Las partes más figurativas, que son la cabeza y los senos, bastan para dotar de fuerza a la composición. El

vientre, vacío, relaciona el espacio anterior y posterior. Las partes más figurativas se cubren de una pátina opaca mientras el resto brilla intensamente.

La tercera serie está representada por las integraciones tribales. Cada pieza consta de dos partes: una base totalmente abstracta y una zona superior de tipo simbólico-neofigurativo. Aunque pueden estudiarse separadamente, es mirando ambas partes como un todo único cuando la obra alcanza su verdadero sentido. La pieza abstracta se convierte en complemento insustituible de la figurativa.

Simbólicamente las integraciones tribales representan la unión en un solo cuerpo de todos los negros de África y América.

Estas esculturas tienen cuatro frentes. Tres simbolizan los tres rostros de África, llevando cada uno de ellos dentro de sí un conjunto de pueblos. El cuarto representa lo que puede llegar a ser y se está gestando. Por ello su expresión formal es un poliedro sin un solo entrante o saliente.

Como resumen final utilizamos las propias palabras de Carlos Areán: «Leandro es el primer escultor negro que realiza una gran síntesis intercultural. El primero también que ha conquistado a occidente sin dejar de ser africano... Halla además una nueva manera de hacer que el arte siga siendo algo sagrado... La vieja escultura conquista ahora, gracias a Leandro, una clara conciencia de que... debe ponerse al servicio de la unidad y de la redención de todos los negros y de todos los oprimidos de todo el mundo. El arte vuelve a tener así un sentido que lo trasciende y Leandro se realiza... al servicio del hombre a través de su obra.»

Este libro incluye, además, un interesante prólogo, en el que Denys Chevalier, presidente de la «Association de la Jeune Sculpture» de París, analiza estilísticamente la obra de Leandro Mbomio, dándonos ya una clara visión de los rasgos fundamentales que la caracterizan, y que luego encontramos ampliados y complementados con otros conceptos en el texto de Areán. Contiene también cincuenta reproducciones escultóricas y tres de serigrafías, bien realizadas en su mayor parte; un resumen del texto debido a Rosa Martínez de Lahidalga y pasado por diversos traductores a tres idiomas: inglés, francés e italiano; varias fotografías de Leandro Mbomio en compañía de diversas personalidades; unos escuetos datos biográficos y relación de premios obtenidos; y, como colofón, un amplio apartado bibliográfico, en el que se incluyen obras de carácter general, catálogos y numerosos artículos publicados en diversas revistas.

Vemos cómo en este libro se recoge la biografía y la personalidad del artista, el análisis estilístico y la evolución de su obra,

buenas reproducciones y una extensa bibliografía. Es, hasta ahora el estudio más amplio realizado sobre Leandro Mbomio. Por todo ello, y aunque en algunos momentos el autor se extiende en consideraciones no íntimamente relacionadas con el tema, considero de gran interés la consulta de esta monografía.—*MARIA ELISA GOMEZ DE LAS HERAS (General Mola, 275. MADRID-16).*

## PRIMER CENTENARIO DE SIMON BOLIVAR

En 1883 se cumplió el primer centenario del nacimiento de Simón Bolívar, y Venezuela celebró este memorable aniversario con una «apoteosis» de la cual nos da cuenta el presente libro (\*). Su autor, Rafael Ramón Castellanos, ha investigado en los archivos y desempolvado manuscritos de la época, para presentarnos el cuadro de las fiestas que en tal ocasión acontecieron. Fue el alma y motor de todos los festejos, discursos, inauguraciones y recepciones oficiales, el entonces Presidente de la República, Antonio Guzmán Blanco, el «Ilustre Americano», como le llaman los discursos y documentos de la época.

Los actos más brillantes de este homenaje nacional a Simón Bolívar fueron entre otros: el discurso del presbítero Manuel F. Rodríguez en la iglesia Metropolitana durante la misa que se ofició con asistencia de numeroso clero, dignidades de la nación y corporaciones científicas civiles y judiciales; todo ello presidido por el «Ilustre Americano» y su gobierno; el juicio de Martí ante la estatua de Bolívar; la inauguración del ferrocarril Caracas-La Guaira; inauguración también de la Academia Venezolana de la Lengua con un discurso de Guzmán Blanco que fue discutido y aun refutado como veremos más adelante; el homenaje de la Universidad en el cual pronunció un discurso el doctor Fulgencio M. Carías; inauguración de la estatua de Cajigal, fundador de los estudios matemáticos en Venezuela, y otros festejos, bailes y banquetes que alegraron la ciudad de Caracas, que por entonces contaba con un total de 8.194 casas en las que vivían 55.638 personas, según los censos de la época.

El general Antonio Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela, había nacido en Caracas el 29 de febrero de 1829, hijo de Antonio Leocadio Guzmán y de Carlota Blanco. Proclamado en 1873 Presidente

---

(\*) *Caracas y el Libertador. La apoteosis del centenario, 1883*, por Rafael Ramón Castellanos, prólogo de Numa Quevedo, Caracas, 1969.

Constitucional en una manifestación, manda edificar el Palacio Legislativo. Se le confiere oficialmente el título de «Ilustre Americano» y a su padre, Antonio Leocadio Guzmán el de «Ilustre Prócer de la Independencia».

El Ilustre Americano designa una comisión para elaborar el programa de los actos que habían de celebrarse en el centenario, presidida por su mismo padre, el Ilustre Prócer, que aún vivía; de ella formaba parte, entre otros, un descendiente de Simón Bolívar, llamado Fernando S. Bolívar. El gobierno de Venezuela invitó a todas las repúblicas hispanoamericanas a tomar parte en las apoteosis que se proyectaba.

Entre las noticias curiosas que se contienen en esta investigación histórica están las gestiones que Antonio Leocadio Guzmán llevó a cabo para conseguir que se expusiese, entre los objetos que pertenecieron al héroe, la espada de oro y piedras preciosas que el Perú le regaló en 1825. Esta espada, verdadera joya y obra de arte, había sido fabricada en Lima, por Chungapoma, bajo la dirección de C. Freyre; la vaina era toda de oro macizo de 18 quilates, cincelada por una cara con varios dibujos, y pesaba 64 onzas. La hoja de fino acero tenía grabada esta inscripción entre otras: «Libertador de Colombia y del Perú - Chungapoma me fecit en Lima.» La empuñadura estaba enriquecida con innumerables piedras preciosas. Poseían este tesoro los hijos del general Pedro Briceño, a quienes acudió el Ilustre Prócer para conseguir que la vendieran a su gobierno y que permanentemente se expusiera como pieza de museo. Los hermanos Briceño, descendientes por su madre de Juana Bolívar, hermana de Simón, contestaron ofreciendo la joya por cuarenta mil pesos fuertes o ciento sesenta mil bolívares. La transacción no se llevó a cabo entonces, pero en 1889 se adquirió por el precio fijado, y el presidente de la República, doctor Juan Pablo Rojas Paúl, la destinó al Museo Bolivariano.

En el discurso inaugural de la Academia Venezolana de la Lengua, el general Guzmán Blanco pronunció un discurso que «sin pretenderlo, despierta en el ánimo gloriosos recuerdos de lo que fue la nación española... Todo el esplendor y poderío de la estirpe castellana revive en este análisis histórico de las vicisitudes por que ha pasado su idioma. Todos los laureles se acumularon en la frente de la nación egregia... No era posible subir más alto en los tiempos de su grandeza», dice Castellanos comentando este discurso. Así honraron los venezolanos a la Madre Patria. Por el contrario, el contraalmirante Cooper, de los Estados Unidos, en la inauguración de una estatua